



JOSEPHINE TEY

**Patrick
ha vuelto**

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUEVO

Los Ashby son terratenientes ingleses dedicados a la cría de caballos. Siempre han vivido en el pequeño pueblo de Clare y llevan una vida apacible capitaneada por la tía Bee, quien se ocupa de sus cuatro sobrinos tras el fallecimiento de su hermano y su nuera. El dolor por la pérdida de los padres y por la desaparición de un sobrino mellizo en extrañas circunstancias parece ya superado por los años y por días llenos de buena armonía familiar.

Pero justo la semana antes de la fiesta de mayoría de edad de Simon, uno de los sobrinos, el mundo de los Ashby da un vuelco completo. Un extraño llamado Brat Farrar llega al pueblo asegurando ser Patrick, el mellizo desaparecido. Él, como hermano unos minutos mayor que Simon, se convertiría en el heredero universal de la fortuna de los Ashby. El enredo está servido y más que bien sazonado. Porque sabemos desde el principio que Brat Farrar es un impostor guiado por alguien cercano a los Ashby.

Índice de contenido

Cubierta

Patrick ha vuelto

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Sobre la autora

Notas

1

—Tía Bee —dijo Jane, mientras soplaba la sopa con fuerza—, ¿crees que Noé era más astuto que Ulises o Ulises más inteligente que Noé?

—No sorbas la sopa por el extremo de la cuchara, Jane.

—Si la tomo por un lado se me escapan los fideos.

—Ruth sí sabe hacerlo.

Jane miró a su hermana gemela sentada frente a ella que manejaba sus *vermicelli* con presuntuosa pulcritud.

—Ella sabe sorber con más fuerza que yo.

—La cara de tía Bee me recuerda a la de uno de esos gatos tan caros —dijo Ruth mirando de reojo a su tía.

Bee pensó para sus adentros que no era una mala descripción, pero al instante deseó que Ruth no fuera tan extravagante.

—No, de verdad, ¿quién era el listo? —dijo Jane, que nunca se apartaba del camino una vez que se adentraba en él.

—Dirás el más listo —matizó Ruth.

—¿Era Noé o Ulises? Simon, según tú, ¿quién era?

—Ulises —dijo su hermano, sin levantar la vista del periódico.

Muy típico de Simon, pensó Bee, leer la lista de competidores en las carreras de Newmarket, condimentar su sopa y escuchar la conversación, todo al mismo tiempo.

—¿Y por qué, Simon? ¿Por qué Ulises?

—No disponía de un servicio meteorológico tan efectivo como el de Noé, ¿no te parece? —respondió—. ¿En qué

puesto había quedado Firelight la última vez, te acuerdas?

—Oh, muy abajo —dijo Bee.

—Un baile de debutantes es casi como una boda, ¿verdad, Simon?

Esta era Ruth.

—Mejor, en realidad.

—¿Tú crees?

—En una fiesta de debutantes puedes quedarte. Algo que no podrías hacer en tu boda.

—Pues yo pienso quedarme a bailar en mi boda.

—No me sorprendería viniendo de ti.

«Ay, señor —pensó Bee—, supongo que algunas familias tienen conversaciones normales durante las comidas, aunque no sé cómo lo consiguen. Quizá no he sido lo bastante estricta».

Miró a los tres sentados a la mesa con la cabeza gacha y el sitio aún vacío de Eleanor y se preguntó si había hecho las cosas bien con ellos. ¿Estarían satisfechos Bill y Nora con el modo en que había educado a sus hijos? Si milagrosamente entraran en ese momento, tan jóvenes, hermosos y alegres como eran cuando se toparon con la muerte, ¿acaso dirían: «Ah, así es tal y como los habíamos imaginado. Incluso Jane, con su aire de pilluela»?

A Bee se le iluminaron los ojos y sonrió mirando a Jane.

Las gemelas estaban a punto de cumplir diez años y eran idénticas. Idénticas, técnicamente hablando. A pesar de su parecido físico no había duda en ningún momento acerca de quién era Jane y quién era Ruth. Las dos tenían el pelo rubio y liso, la carita menuda y pálida y la misma mirada resuelta y desafiante. Pero ahí se terminaba el parecido. Jane llevaba sus pantalones de montar bastante sucios y un jersey de lana muy estirado y repleto de puntos salidos. Se había recogido el cabello sin mirarse al espejo con una horquilla tan gastada que había recuperado su color acero original, como ocurre siempre con las horquillas viejas. Padecía un ligero astigmatismo y siempre que se veía

obligada a enfrentarse a una figura autoritaria tenía la costumbre de ponerse sus gruesas gafas de concha. Normalmente las llevaba en el bolsillo del pantalón y ya las había roto tantas veces al sentarse sobre ellas que nunca quedaba dinero para gafas en el presupuesto anual, y al final era ella quien debía ponerlo de su bolsillo. Siempre iba y venía de sus clases en la casa rectoral a lomos de Fourposter, el viejo poni blanco, y sus piernas cortas y delgadas sobresalían a ambos lados de los flancos del animal como si fueran pajitas. Hacía mucho tiempo que Fourposter había dejado de ser un entretenimiento para convertirse en un medio de transporte, de modo que no tenía importancia que su lomo fuera tan ancho como un camastro e igual de engorroso a la hora de conseguir que se moviera.

Ruth, por otro lado, llevaba un vestido rosa de algodón, tan limpio y bien planchado como esa misma mañana, cuando se había marchado en bicicleta a la casa rectoral. Tenía las manos limpias y las uñas pulcramente recortadas, y en algún sitio había encontrado un lazo de color rosa con el que se había atado el moño que coronaba su cabeza.

Ocho años, pensaba Bee. Ocho años planificando, organizando y ahorrando. Dentro de seis semanas finalizaría su papel de administradora. En poco más de un mes Simon cumpliría veintiuno, heredaría la fortuna de su madre y los años de vacas flacas llegarían a su fin. Los Ashby nunca habían sido ricos, pero en vida de su hermano siempre había sobrado para mantener Latchetts —la casa y las tres granjas de la propiedad— como es debido. Su repentina muerte había sido la causa de que durante los últimos ocho años llegaran a vivir prácticamente en la pobreza. Y únicamente gracias a la determinación de Bee, el dinero de su cuñada llegaría intacto el mes siguiente a manos de su hijo. Lo único que había impedido que tuvieran que recurrir a préstamos había sido la solidez de la futura herencia. Ni siquiera el señor Sandal, de Cosset, Thring & Noble, había sido capaz de hacerle cambiar de opinión. «Latchetts saldrá ade-

lante sin ayuda de nadie», había dicho Bee. Y ocho años después Latchetts era autosuficiente y solvente.

Sobre la cabeza de su sobrino, a través de la ventana, podía ver el cercado de color blanco de los corrales de la parte sur de la finca y la cola de la vieja Regina agitándose bajo la brillante luz del sol. Los caballos, que habían sido la principal afición de su hermano, habían sido también la salvación de esta casa. Año tras año, a pesar de todas las enfermedades, los accidentes y la pura terquedad de esos animales, los caballos habían resultado ser una sólida fuente de beneficios. Lo que se perdía por un lado se ganaba por el otro. Cuando el pequeño semental que había sido la alegría de su hermano resultó ser poco digno de confianza, Bee había decidido añadir varios ponis para niños, pequeños y robustos, que ocuparon la zona de pastos más fría, en la parte baja de la finca. Eleanor había convertido una re-cua de dudosos corceles en amables animales «que cualquier dama sería capaz de cabalgar» y los había vendido con sustancioso beneficio. Ahora la antigua casa señorial de Clare se había convertido en un pensionado y ella misma impartía allí clases de monta a un razonable precio por hora.

—Eleanor se está retrasando mucho, ¿verdad?

—¿Está fuera con la Parslow? —preguntó Simon.

—La yegüita Parslow, sí.

—La pobre infeliz probablemente se caerá muerta cualquier día de estos.

Cuando Simon se levantó para retirar los platos de sopa y ayudar a servir la carne que humeaba en el aparador, Bee lo observó con crítica aprobación. Al menos se las había apañado para no malcriar a Simon. Lo cual, dado el encanto natural y el carácter vanidoso del muchacho, suponía un logro nada desdeñable. Simon irradiaba un engañoso aire desvalido capaz de atraer a todos los que lo rodeaban desde el día en que nació. Bee había observado ese fenómeno con curiosidad y algo parecido a una reticente admiración.

De haber poseído ella misma el especial encanto de Simon, solía pensar, con toda probabilidad habría tratado de sacarle partido igual que hacía el muchacho. No obstante, siempre había hecho todo lo posible por evitar que sus dotes le funcionaran con ella.

—Sería bonito que un baile de debutantes tuviera damas de honor —comentó Ruth, removiéndolo apáticamente su ración de carne con el tenedor.

Nadie le hizo caso.

—Según el vicario, Ulises probablemente era un terrible fastidio deambulando por la casa —dijo Jane, resistiéndose a dejar el tema.

—¡Oh! —exclamó Bee, interesada en su personal interpretación del clásico—. ¿Y por qué?

—Dijo que era «sin la menor duda un... un incordio», y que seguramente Penélope se sintió aliviada al verlo desaparecer por un tiempo. Ojalá el hígado no fuera tan blando.

En ese momento entró Eleanor y se sirvió en silencio, como solía hacer.

—¡Uff! —dijo Ruth—. ¡Qué olor a establo!

—Llegas tarde, Nell —dijo Bee con curiosidad.

—Nunca aprenderá a montar —soltó Eleanor—. Ni siquiera es capaz de azuzar al caballo a estas alturas.

—Quizá los chiflados no saben montar —sugirió Ruth.

—¡Ruth! —reprendió Bee, con vehemencia—. Los alumnos de la residencia no son lunáticos. Ni siquiera son deficientes mentales. Simplemente son... *complicados*.

—Inadaptados es la palabra técnica —dijo Simon.

—Bueno, pues se comportan como lunáticos. Si te comportas igual que un lunático, ¿cómo va a saber la gente que no lo eres?

Puesto que no había respuesta para semejante pregunta, se hizo el silencio en el comedor de los Ashby. Eleanor comía sin levantar la mirada del plato, con la misma avidez y determinación que un colegial hambriento. Simon sacó

un lápiz de su bolsillo y se dispuso a calcular probabilidades en los márgenes del periódico. Ruth, que había robado tres galletas del tarro del aparador de la casa rectoral y se las había comido a hurtadillas en el baño, se entretenía ahora jugando con su comida —construyendo un castillo rodeado por un foso de salsa—, mientras Jane daba cuenta de lo que había en su plato con diligente placer. Entretanto Bee contemplaba el paisaje que se extendía ante sus ojos a través de los cristales de la ventana.

Al otro lado de la colina, kilómetros de accidentados campos descendían hasta fundirse con los apretujados tejados de Westover que terminaban abruptamente en el mar. Aquí, sin embargo, en la parte alta del valle, protegida de los temporales que azotaban el Canal y bañada por la luz del sol, los árboles se alzaban en el aire luminoso con una serenidad propia del interior y una gracia encantadora. La escena poseía la quietud y la deslumbrante perfección de un espejismo.

Una herencia espléndida, una herencia rica y espléndida. Bee deseó que a Simon le fueran bien las cosas. Algunas veces tenía..., no, no era miedo. A veces tenía dudas. Era difícil catalogar a Simon. Su personalidad tenía demasiadas aristas, demasiadas facetas. Había en él algo de caprichoso que no casaba con el carácter del heredero de una hacienda. Latchetts era la única finca de los alrededores en la que todavía se alojaba a una familia local, y Bee esperaba que siguiera dando cobijo a los Ashby durante los siglos venideros. Hermosos Ashby de cuerpos menudos y cabeza regia, como los que ahora mismo estaban sentados a su alrededor en la mesa del comedor.

—Jane, vas a salpicarlo todo de zumo de fruta.

—No me gusta el ruibarbo en trocitos, tía Bee. Me gusta en papilla.

—Está bien, pero hazlo con más cuidado.

Cuando Bee tenía la edad de Jane también solía aplastar el ruibarbo en su plato de postre, y en esta misma mesa.

A lo largo de los años, en esta mesa habían comido miembros de la familia Ashby que murieron a causa de la fiebre en la India, heridos en Crimea, de inanición en Queensland, por el tifus en el Cabo y roídos por la cirrosis en las colonias del Estrecho. A pesar de todo, la familia Ashby había seguido viviendo en Latchetts. Y había vivido bien de la tierra. De vez en cuando surgía algún inútil como su primo Walter, pero la Providencia siempre había querido que la inutilidad quedara relegada a los vástagos menores, que podían desempeñar su torpeza sin poner en peligro el patrimonio familiar.

En Latchetts no habían cenado reinas y tampoco se habían ocultado caballeros. A lo largo de trescientos años la propiedad no había cambiado demasiado. Seguía siendo en esencia la hacienda de un vasallo. Y durante casi doscientos de esos trescientos años, los Ashby habían vivido en ella.

—Simon, querido, ¿te ocupas tú del café?

Quizá su simplicidad la había salvado. Nunca había esperado nada, nunca había aspirado a nada. Lo que tenía de bueno se le devolvía a la tierra como si de una ofrenda se tratara, la savia retornaba a sus raíces. Al otro lado del valle se alzaba la blanca mansión de Clare en mitad de su parque —tan llena de gracia como una virreina—, pero los Ledingham ya no vivían allí. Los Ledingham habían sido pródigos en riqueza y talento, y habían utilizado la casa a modo de telón de fondo, como fuente de ingresos, como decorado, como refugio, pero no como un hogar. Durante siglos la familia se había pavoneado por todo el mundo: prócsules, exploradores, bufones de la corte, libertinos y revolucionarios. Y Clare había sido el sostén de todas sus extravagancias. Ahora, sin embargo, lo único que quedaba de ellos eran sus retratos, y la gran casa rodeada de jardines se había convertido en un internado para niños difíciles, hijos de familias con ideas progresistas y nutridas cuentas bancarias.

Los Ashby, sin embargo, habían permanecido en Latchetts.

2

Mientras Bee servía el café las gemelas desaparecieron para hacer alguna de las suyas, pues aún estaban disfrutando de sus vacaciones. Eleanor se bebió apresuradamente su café y regresó a los establos.

—¿Necesitarás el coche esta tarde? —preguntó Simon—. Le prometí al viejo Gates que le traería un ternero de Westover en uno de nuestros remolques. El suyo se ha estropeado.

—No, no lo necesito —dijo Bee, preguntándose qué habría empujado a Simon a llevar a cabo una tarea tan poco amena.

Deseó que no fuera a causa de la hija de Gates, que era muy bonita, muy tonta y de lo más corriente. Gates era el arrendatario de Wigsell, la más pequeña de las tres granjas, y, por lo general, Simon no solía transigir con sus intempestivas peticiones.

—Si de verdad estás interesada en saberlo —dijo Simon levantándose de la mesa—, quiero ver la nueva película de June Kaye. La ponen en el Empire.

Su inesperada franqueza habría sido del gusto de cualquier otra persona, pero no de Beatrice Ashby, que conocía demasiado bien la costumbre de su sobrino de lanzar dos bolas al aire para distraer la atención de la tercera.

—¿Necesitas alguna cosa?

—Si tienes tiempo puedes traerme uno de esos nuevos horarios de autobuses de Westover. Eleanor dice que hay un nuevo servicio que pasa por Clare dando un rodeo por Guessgate.

—¿Bee? —preguntó una voz desde el vestíbulo—. ¿Estás ahí, Bee?

—Señora Peck —dijo Simon, saliendo a recibirla.

—Pasa, Nancy —añadió Bee—. Ven a tomar el café conmigo. Los demás ya han terminado.

La mujer del vicario entró en la habitación, dejó una cesta vacía en el aparador y se sentó dejando escapar un suspiro de alivio.

—Me vendría bien uno —dijo.

Todavía hoy, cada vez que alguien mencionaba el nombre de la señora Peck, siempre iba seguido del mismo comentario: «Era Nancy Ledingham, ¿sabes?», aunque ya había pasado una década desde que dejara boquiabierta a toda la buena sociedad al casarse con George Peck y decidiera enterrarse de por vida en la casa rectoral de un pueblo de provincias. Nancy Ledingham había sido mucho más que la «debutante del año», había sido un tesoro nacional. Los tabloides habían hecho por ella lo mismo que las postales de artistas por Lily Langtry: su belleza era patrimonio común. Quizá el público no se pusiera de pie sobre sus asientos para verla pasar, pero era un hecho probado que su presencia era capaz de detener el tráfico. Su aparición como dama de honor en una boda era suficiente para que las autoridades tuvieran palpitaciones con una semana de adelanto. Poseía esa hermosura serena e incuestionable capaz de derrotar incluso al más denodado detractor. De hecho, la única cuestión que se planteaban entonces era si el moscón de turno había tenido suerte o no. En más de una ocasión, la prensa se había mostrado dispuesta a coronarla, aunque aquello no eran más que simples fantasías y el público se conformaba con seguir observando el vuelo de los moscardones a su alrededor.

Y entonces, de la forma más inesperada —entre dos números de la revista *Tatler*, por así decirlo—, se había casado con George Peck. La prensa, abrumada y en un intento de hacer todo lo posible por un público igualmente apabulla-

do, había intentado vender lo ocurrido como un apasionado romance. Pero George Peck había echado por tierra sus esperanzas. Era un hombre alto y delgado, con el rostro de un inteligentísimo —a la par que amabilísimo. Y, por si eso fuera poco, tal y como el editor de *Clarion* había manifestado: «¡Un clérigo, nada menos! ¡Me resultaría más fácil vender el romance entre dos hormigoneras!».

De modo que, con el tiempo, el público consintió en dejarla marchar a su voluntario retiro. Su tía, que había sido la responsable de su presentación en sociedad, la desheredó. Su padre murió ahogado en la tristeza y en las deudas. Y su antiguo hogar, la magnífica mansión blanca rodeada de jardines, se había convertido en una escuela.

Sin embargo, tras quince años de vida rectoral, Nancy Peck seguía siendo una mujer serena e incuestionablemente hermosa. Y la gente todavía se detenía en la calle al verla pasar y decía: «Esa era Nancy Ledingham, ¿sabes?».

—He venido a recoger los huevos —dijo ella—, pero no hay prisa, ¿verdad? Es maravilloso poder sentarse y no hacer nada.

Bee la miró de reojo esbozando una sonrisa.

—Qué cara tan bonita tienes, Bee.

—Gracias. Según Ruth mi cara se parece a la de uno de esos gatos tan caros.

—¡Qué disparate! Al menos no eres de los peludos. ¡Oh, de todas formas, sé a cuáles se refiere! Con el cuello largo y el pelo corto que deja bien a la vista el morrito. Gatos heráldicos. Sí, Bee querida, tienes la cara de un gato heráldico. Especialmente cuando yergues la cabeza y miras a la gente de reojo. —Dejó la taza sobre el platillo y volvió a suspirar de placer—. No me explico cómo es posible que los Inconformistas^[1] nunca llegaran a descubrir el café.

—¿Descubrirlo?

—Sí. Como perdición. Es mucho más útil que la bebida. Sin embargo, nadie predica sobre él ni recoge firmas en su contra. Cinco tragos y el mundo se vuelve de color de rosa.